

PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO URBANO: CONFLICTOS ENTRE INVESTIGADORES Y ADMINISTRACIÓN

*Manuel Martín-Bueno**, *M.^a Luisa Cancela Ramírez de Arellano***

RESUMEN. - Planteamiento de la situación de la Arqueología en España. Se analiza la pretendida crisis de la Arqueología. Se reflexiona sobre aspectos de formación de los titulados en Arqueología, sobre la especialización académica y la realidad laboral con que deben enfrentarse habitualmente.

Se plantea el panorama surgido de la nueva situación administrativa con trascendencia de la actividad arqueológica más lejos de los tradicionales límites en los que se encerraba hace algunos años. La gestión del patrimonio arqueológico, la toma de decisiones sobre el mismo, la utilización política de la actividad para fines no siempre claros, la manipulación y la falta de sensibilidad por parte de quienes la rigen desde la administración son aspectos que se analizan dando un toque de atención al problema.

El desinterés de las administraciones por los frutos a medio y largo plazo, la falta de unidad de criterios y la entrada a saco con el patrimonio en general y el arqueológico en particular, unido ello a las dificultades de un mercado de trabajo cada vez más precario da como resultado un presente incierto y un futuro poco halagüeño para nuestro patrimonio arqueológico.

Finalmente se indica el desencuentro entre técnicos con preparación científica y administradores o gestores del patrimonio arqueológico, que acarrea un alto grado de insensibilidad hacia los problemas específicos del patrimonio arqueológico y en consecuencia un progresivo deterioro de éste por falta de atención e inadecuada gestión.

ABSTRACT. - A discussion of the state of archaeology in Spain. The supposed crisis in archaeology is examined. Various aspects of degree-courses in archaeology are considered, including academic specialisation and the strain on staff resources which this imposes.

Fundamental to the discussion are the new administrative arrangements obtaining in Spain and the way in which archaeological practice has moved beyond the traditional boundaries of even a few years ago. The management of the archaeological heritage, the way in which decisions are taken, the sometimes less than transparent uses to which archaeology is put by politicians, the manipulative tendencies and insensitivity of those responsible for running archaeology are among the concerns which serve to highlight the problem.

The lack of interest on the part of administrative bodies in the medium- and long-term benefits of archaeology, the absence of a set of agreed criteria, and the plundering of the national heritage, and in particular the despoliation of archaeological sites, have combined with difficulties arising from an ever more uncertain labour-market to produce a doubtful present and to promise a future which holds little encouragement for archaeology.

Finally, the lack of comprehension between the trained staff actually engaged in archaeological research and the administrators or managers of archaeological services leads to a level of insensitivity in regard to problems specific to archaeology which in turn results in a progressive deterioration of the situation, for which lack of due attention and inadequate management are chiefly to blame.

PALABRAS CLAVE: Patrimonio Arqueológico, Política patrimonial, Investigación y Arqueología.

KEY WORDS: Archaeology, National Heritage, Heritage Policy, Archaeological Research.

* Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Universidad de Zaragoza. 50009 Zaragoza.

** Museo de Zaragoza. Plaza de los Sitios, 6. 50001 Zaragoza.

La evolución experimentada en el conocimiento del Patrimonio Arqueológico ha significado una profunda transformación de los conocimientos y de las diferentes políticas de aproximación y de actuación sobre este campo en los diferentes países. Una serie de gestos y acontecimientos actuales, muchos coincidentes en un período corto de tiempo, vienen a mostrar la oportunidad de tratar un tema muy en boga como es el de la Arqueología Urbana. La noticia hace pocos años de una crisis en el Ministerio de Cultura francés provocada por los conflictos surgidos con un numeroso grupo de arqueólogos, de diversas titulaciones y niveles, descontentos con su situación, que llegaron a provocar manifestaciones en las calles parisinas fue un gesto insólito tratándose de nuestra actividad.

En estos últimos años la evolución de la situación de la Arqueología de épocas históricas, ha ido creciendo progresivamente y con ella la actividad en las ciudades y zonas urbanas en general. Paralelamente este incremento ha ido acompañado por una atención hacia el problema por parte de las instituciones responsables de la formación de especialistas, cada vez más acordes con la realidad de las necesidades que se han puesto de manifiesto. No es inusual contemplar ya programas específicos de formación en temas de Arqueología Histórica en numerosas universidades europeas y norteamericanas como respuesta a una demanda momentáneamente intensa aunque no seamos capaces de predecir por cuanto tiempo.

En España el problema ha seguido una trayectoria en muchos aspectos similar a la de otros países, sin embargo las especiales características de nuestra actual estructura político-administrativa, ha conferido un cierto grado de particularismo al problema que varía en sus matices según las regiones.

Hace más de una década el esquema político recién inaugurado permitía abrir muchos interrogantes sobre el futuro. Hoy muchos de ellos son realidad. En aquel momento la aprobación de una nueva Ley de Patrimonio Histórico para el país facilitaba un resquicio para la esperanza. Muchos fueron los que empujaron para dotar al país de ese eficaz instrumento de protección y fomento de nuestro patrimonio. De entre ellos destaca la figura de Manuel Fernández-Miranda que, consciente como pocos, de su necesidad y oportunidad, al mismo tiempo que de las pocas posibilidades de actuación posterior en este campo, logró catalizar esfuerzos y luchar con plena convicción por su presentación a las Cortes. Sólo por ello ya merecería ser recordado. A los amigos, más que su figura como incansable investigador, arqueólogo de campo activo, gestor infatigable, nos place recor-

darle como hombre de bien y amigo de sus amigos. Por todo ello permanece con nosotros.

1. LA ARQUEOLOGÍA HOY ¿CRISIS?

Se habla mucho desde hace cierto tiempo de la crisis de la arqueología, confundiendo con frecuencia tanto el término crisis cuanto el de arqueología. Se especula con su futuro sin tener definido su presente y la ciencia que cultivamos es utilizada como ariete, en no pocas situaciones, so pretexto de las actuaciones más peregrinas. Fruto de todo ello es una situación de desconcierto para unos y un panorama confuso para otros en el que hay un perdedor fijo, el patrimonio histórico que esta ciencia y sus cultivadores pueden preservar y recuperar.

No es incierto que la arqueología viene sufriendo una transformación importante, que no sólo afecta al sentido intrínseco de su finalidad, sino a los medios de que se va disponiendo para alcanzarla. Muchos planteamientos teóricos, que han pretendido darle una nueva entidad o simplemente redefinirla, han terminado por hacer crisis ellos mismos mostrando una realidad simple, que se trataba sólo de planteamientos técnicos en muchos casos, o en otros de posturas deterministas, acompañadas de un maquillaje político, social, historicista o simplemente de oportunidad.

Se intenta hacer barreras de la nada, parcelando una actividad desde diferentes puntos de partida de tipo metodológico o de esencia, cuando lo que realmente se pretende es acotar con beneficio para grupos concretos, una ciencia que se manifiesta en actividad creciente, con aplicaciones muy diferentes antes apenas explotadas, desde el punto de vista del mercado de trabajo, científico o práctico, ayudados por una coyuntura socioeconómica favorable.

La multiplicación de **las arqueologías** sólo consigue crear confusión, donde la claridad metodológica debe suponer el paradigma de la arqueología por excelencia. Creemos que la pretendida crisis no es tal sino una adaptación, como ocurre en todos los campos y ciencias del saber, a situaciones que en ocasiones son completamente nuevas y en otras asimismo, adaptación o evolución de problemas eternos.

Denominar crisis a un panorama, que ciertamente cambia y a mucha velocidad, en el que la arqueología está alcanzando un nivel de desarrollo y actuación, como nunca ha tenido antes, creemos que es un despropósito, más podríamos hablar de crisis de conciencia en sus practicantes, debido sin duda al desconcierto que provoca la inestabilidad laboral por

un lado y por otro, y a mayor altura, problemas de adaptación y búsqueda. Entendemos éstos como los lógicos procesos de evolución de una ciencia, a la que las ayudas que confluyen en ella desde hace unas décadas, procedentes de otros campos, la han afectado muy positivamente, haciendo que alcance un nivel de madurez siempre creciente, aunque llegando a aparentar en ocasiones, que se aparta de su finalidad primordial, entendida como ciencia humanística por excelencia.

El problema no es sólo nuestro, aunque ello no sea un consuelo, es general a todos los países en los que el nivel de desarrollo socioeconómico ha hecho que muchos ojos se vuelvan hacia la arqueología, aunque no siempre de forma desinteresada. Por un lado el crecimiento económico y la fácil prensa que tienen los temas culturales, sobre todo en España, ha hecho que nosotros los arqueólogos y nuestra ciencia, no en sentido posesivo, sino el de aquella actividad a la que debemos dedicar nuestros esfuerzos, esté evidentemente de moda, pero no la moda pasajera de temporada sino otra más permanente, que, amparada por las instituciones políticas como arma arrojada en un principio, empieza a ser molesta en el momento en que la misma madurez de lo puesto en marcha reclama, no soluciones pasajeras, sino programas definitivos y sólidamente pensados.

Hay que ser conscientes de que la arqueología, como el patrimonio histórico en general, en el que esta actividad se encuadra y del que no conviene desmarcarse, ha sido argumento fácil y cómodo desde infinidad de planteamientos, con connotaciones de aplicación popular llevadas hasta límites mesiánicamente populacheros y utilizada para fines muy diversos y dispares. No conviene olvidar que junto a actuaciones y programas sinceros y benefactores hacia el patrimonio, y por tanto hacia la arqueología, hay otros casos en los que, sin negarles la buena voluntad, se ha tomado este argumento como bandera de réplica o como elemento estrella para defender actuaciones de brillo en monumentos que necesariamente son queridos a las comunidades que los poseen, para obtener otros fines en lo que vulgarmente se llama la **rentabilidad política**.

En cuanto a la actuación o la presencia de la arqueología y los arqueólogos en esas situaciones, sí que podemos decir que la arqueología está en crisis, pero en crisis provocada, en crisis motivada a sabiendas o no, por actuaciones imeditadas o irresponsables por omisión, en las que se obliga a actuar sin asimilar, a ajustar nuestro trabajo, que sabemos requiere tiempo y serenidad, a plazos administrativos y a sistemas de contratación, correctos administrativamente pero leoninos a la larga, en los que caen mu-

chos de nuestros titulados. Éstos, a falta de otras oportunidades, están contribuyendo a ser cómplices, involuntarios o forzosos, en el decurso que está llevando una práctica arqueológica, que en modo alguno podemos calificar de modélica y mucho menos garante de la integridad y mejor conocimiento e investigación del patrimonio histórico que representa. Ésta es lamentablemente la arqueología que hoy se practica en muchos lugares.

Estamos de acuerdo en que en este aspecto, miradas las cosas así y somos muchos los que compartimos pública o privadamente este planteamiento, la arqueología o al menos su práctica, sí que está en crisis, no como ciencia sino como instrumento al servicio de muchos intereses distintos, en los que los científicos son clara minoría, con todo el bagaje negativo que comporta esta situación.

Parece evidente desde nuestro punto de vista que la crisis de la arqueología, entendida en sentido etimológico como momento trascendente en el que una situación puede mejorar o empeorar considerablemente, pero no como estadio de pérdida de la orientación conceptual, como se ha querido ver en algún caso, es real, pero no por causas internas de su propia dinámica evolutiva, sino por agentes externos que con frecuencia poco tienen que ver con ella, pero sí con su utilización.

En cuanto a la propia esencia de la arqueología, tampoco será ocioso especular un poco con el concepto de la misma, no tenido en su definición más tradicional y no por ello menos cierto y real; sino como se viene considerando hoy día, como consecuencia de los no pocos cambios habidos en sus prácticas y teorizantes, muchas veces con poca fortuna.

Tal vez en este punto sí que conviniera aceptar que hay una coyuntura de tránsito hacia una situación, que ya no va a volver a ser como antes. De nuestro viejo concepto de ciencia que estudia las culturas antiguas, tomando como elemento de aproximación su cultura material, a una concepción universal con múltiples variantes, como se tiene hoy en el sentido menos restrictivo, sólo hay un paso y conviene darlo. Otra cosa será confundir, no por inadvertencia ni por falta de información adecuada las cosas y sobre todo los conceptos fundamentales, dando a la arqueología un papel secundario y casi residual a veces, de mero comparsa de la historia, en cualquiera de sus períodos cronológicos o de otras ciencias como la antropología en sus vertientes afines con la actividad productora del hombre y su cultura material.

Entramos en el resbaladizo terreno de escuelas, áreas geográficas de uso de la ciencia de tal o cual forma, áreas de conocimiento, si nos ceñimos a nuestro ordenamiento académico y un sinfín de calle-

jones, que tienen difícil salida desde posturas no totalmente libres de prejuicios, como abundan en el momento presente por razones que todos alcanzamos a entender y entre las que no son pequeñas las de parcelas de poder, académico o no, competencia de actuación, control político en su vertiente cultural o control patrimonial con todo lo que lleva inherente de mercado de trabajo, entre otras muchas.

La Arqueología por falta de adaptación, no tanto de la propia ciencia, como de personas y grupos científicos; por impotencia ante actitudes claramente invasoras y agresivas de disciplinas históricas vecinas, entre las que habría de existir una política común de actuación y no de creación de barreras y establecimiento de competencias absurdas; por actitudes conservadoras o excesivamente rigurosas con la definición más tradicional, está, y ello es cierto, ante una tesitura de inferioridad de la que es difícil salir sin trauma evidente. No se propugna desde aquí, como pudiera parecer, una actitud agresiva aunque tardía, ni siquiera una resistencia numantina ante una evidencia de inferioridad, sino un respeto conceptual y una llamada a un intento de redefinir situaciones anómalas que nos llevan a un punto, en el que nos interesa insistir especialmente, como es la falta de adecuación de la formación de nuestros futuros arqueólogos ante las necesidades que ofrece un mercado de trabajo, frenético para cualquier actividad que requiera un mediano sosiego, como es la arqueología.

Es obvio y en ello podemos estar clamorosamente de acuerdo todos, que la arqueología teórica hoy no está a la altura de las circunstancias que la sociedad presente nos solicita en cuanto a la formación de sus técnicos, y no se descuide el hilo de nuestras palabras, ya que técnicos es lo que cierta o equivocadamente nos reclama la sociedad, al menos aquellos que tienen la responsabilidad, aunque no siempre los conocimientos adecuados ni la sensibilidad, para gestionar un patrimonio arqueológico, que se esgrime y utiliza con tanta liberalidad como ligereza, sin que haya voces suficientes ni lo suficientemente altas como para hacerse oír y reclamar un poco de reflexión sobre este panorama, trepidantemente activo pero estéril a la larga.

2. IMPORTANCIA Y CONEXIÓN ENTRE AMBOS

La importancia del problema se defiende por sí sola, estamos recibiendo en nuestras manos más patrimonio arqueológico en los últimos diez años, que en los cien años anteriores, sin que la

orientación, marcada por los frutos, sea proporcionalmente distinta. Existen, es cierto, casos aislados muy meritorios, pero en muy pocos podemos decir que desde un punto de vista estrictamente científico estemos ante operaciones y actuaciones de garantía. Volveremos sobre ello.

La conexión entre ambos puntos, crisis y arqueología, es evidente y podrían analizarse brevemente las causas, pero lo dejaremos para otra ocasión por ser prolijas.

Tenemos una arqueología en fase de convulsión y tenemos un patrimonio arqueológico que no parece poder esperar, porque son muchos los argumentos que confluyen sobre él y muchos los intereses que lo utilizan y manipulan. No dejaremos de mencionar como botón de muestra los casos, muy abundantes en los que so pretexto, aunque sea real, de resolver problemas de desempleo y aprovechar fondos extraordinarios dedicados a ello, nacionales o internacionales, se emprenden operaciones de gran convergadura en las que la arqueología es el objeto de experimentación sobre el que recae toda una actividad más o menos ordenada en torno a este patrimonio. Operaciones así es muy difícil detenerlas, sobre todo si se esgrimen criterios que nada tienen de científicos como son los de **interés social**, tomado este extremo según convenga para atraer voluntades y recursos en unos casos, clientela política en otros, o facilitar acceso a un puesto de trabajo a unos licenciados sobre los que evidentemente tenemos alguna responsabilidad, aunque seamos plenamente conscientes de su escasa o inadecuada preparación para esos menesteres y responsabilidades.

No dejaremos de hacer mención, aunque sólo sea de pasada, a una voluntariosa promoción desahogada de actividades pseudoinvestigadoras, en las que sin la adecuada programación, no decimos que inexistente porque no sería cierto siempre, se promueven campañas de busca y rebusca arqueológica, con frutos muy dispares, entre los que junto a logros meritorios, se vienen a descubrir un sinnúmero de nuevos mediterráneos a lo largo y ancho de nuestra geografía. Podrá argumentarse que si hay logros, la inversión aunque sea cuantiosa, que lo es, puede darse por válida, pero no es esa nuestra crítica. Esta viene hacia la ausencia de un programa meditado y pensado, en el que se contemplen de forma íntegra todos y cada uno de los aspectos que confluyen sobre este patrimonio, sin olvidarnos del resto; sobre los recursos a arbitrar y su finalidad, sobre las personas implicadas, su formación y dedicación, y sobre todo del futuro tanto de personas como de los frutos que se obtengan, es decir del patrimonio que se saque a la luz y su adecuada conservación y transmisión a las

generaciones venideras, como reza en el Preámbulo de nuestra Ley de Patrimonio Histórico Español, tan poco leída, recordada y aplicada.

Al hilo del panorama que muestra hoy la arqueología, como ciencia y disciplina objeto de enseñanza universitaria ante la sociedad, podemos traer a colación un ejemplo foráneo.

Decíamos en nuestro preámbulo, que hace pocos años en Francia se produjeron problemas importantes en el Ministerio de Cultura ante una situación verdaderamente insólita hasta aquel momento, tratándose de nuestra actividad. Unos importantes grupos de arqueólogos, entendiéndose con ello diversas titulaciones y grados en arqueología, no todas titulaciones universitarias superiores, protagonizaron una serie de actuaciones y manifestaciones en la capital, en protesta contra una situación de inestabilidad en el empleo, muy similar a lo que aquí estamos padeciendo y que se está recrudeciendo inexorablemente a marchas forzadas.

La campaña y la situación no era casual. Desde hace ya unos cuantos años viene poniéndose de manifiesto en los medios de difusión generales y especializados, baste recordar los números 257, Mayo 1990 y 261 Octubre 1990 de la revista *Archeología*, una inquietud sobre la realidad de la Arqueología práctica hoy día y sobre el futuro de los profesionales que trabajan en ella o en torno a ella. No debemos olvidar que al gran pastel, apenas desmenuado, habían acudido presurosos otros profesionales como: restauradores, arquitectos, animadores culturales, etc., que suelen obtener buenos beneficios de nuestra actividad, contribuyendo por una parte a valorarla, pero teniendo como denominador bastante común el de considerar para algunos de ellos al arqueólogo, como el profesional algo apartado del universo mundo con el que hay que colaborar en el peor de los casos. Como elemento adicional venimos contemplando como algunos de estos profesionales intervienen y actúan en y sobre la arqueología, con un entusiasmo y una actividad tan grande como su propia ignorancia en el tema que se traen entre manos. La consecuencia de todo ello es que perdemos patrimonio e información histórica irreplicable.

Al respecto de la posible reacción de los centros de formación de arqueólogos, los centros superiores, la Universidad, se decía referido siempre a Francia, aunque el problema se pueda extrapolar con matices, que: *las universidades han sido cogidas por sorpresa por la evolución espectacular y sin embargo previsible de la Arqueología Urbana. Comienzan lentamente a orientar sus enseñanzas hacia las nuevas necesidades y las salidas de la Arqueología mientras que el Ministerio de Cultura intenta refor-*

zar los hilos que dependen de él.

El ejemplo francés fue consecuencia de un desarrollo descontrolado, afortunado para la recuperación informativa y para un mercado de trabajo bastante deshumanizado, en el que el desarrollo extraordinario de obras públicas ha lanzado al campo a brigadas enteras de titulados, con más buena voluntad que preparación arqueológica, para hacerse cargo de recuperaciones por el carácter de urgencia, cuya asimilación científica tardaremos decenas de años en conseguir.

Esa situación ha motivado reuniones y discusiones, coloquios y congresos, baste recordar los periódicos sobre Arqueología Urbana que se celebran en Francia y que ya en el de Tours de 1980, daban a la luz una publicación de 770 páginas editada en París en 1982. En él no faltaron presencias a gran altura, desde el Ministro que descubría una extraordinaria cantera de promoción política, al prof. Roland Martin que desde su puesto de miembro del Instituto de Francia y Vicepresidente del CNRS, advertía de forma testimonial de los peligros de una recuperación patrimonial desenfrenada, a un alcalde, el de la ciudad anfitriona, que hacía las excelencias de aquel nuevo Eldorado, caro pero rentable, que era la arqueología en las ciudades si se sabía promocionar.

No hay duda de que en nuestras palabras hay cierta dosis de subjetivismo, como lo habría en quien defendiese las antipodas de nuestra postura, pero no es menos cierto que la situación ya es preocupante en muchos ámbitos.

Desde el punto de vista estrictamente científico, cabe pensar y preguntarse cuándo se ha producido la inflexión, que ya existe para quienes todavía no lo hayan notado, que ha hecho que se haya invertido el proceso de la actuación arqueológica que conducía desde el momento de la excavación al del estudio, la publicación y la difusión, si había caso; por el muy frecuente ahora, en el que de la excavación, muchas veces impremeditada, se pasa directamente a la difusión por medio de exposiciones temporales, con presentación de resultados tanto más espectaculares como irreales e hinchados, que se ven reflejados en unos catálogos y publicaciones de divulgación que arrinconan definitivamente a la publicación científica, meditada y contrastada. Además luego hemos de presenciar como estas apresuradas publicaciones se utilizan de forma indiscriminada como mérito valiosísimo, para obtener nuevos contratos y puestos de trabajo, temporales o definitivos. Vivimos en la más absoluta provisionalidad, en la que nadan como peces en el agua, infinidad de ciudadanos que utilizan la arqueología como provecho inmediato, laboral o político, enjugando su ignorancia, muchas veces uni-

versal, en la forma de **actividad de índole social**, so pretexto de presentar a la sociedad en respuesta a los impuestos que pagamos, una cultura descafeinada, efímera como los fuegos de artificio y tan artificiosa en sus resultados como ellos. El problema es que a la larga podemos quemarnos.

En todo esto hay una reflexión subyacente, la de la carencia de formación adecuada de nuestros titulados y el largo periodo de aprendizaje hasta alcanzar una madurez relativa, que permita encarar con cierta solvencia los problemas de una ciencia que, metodológicamente, es menos compleja de lo que se pretende aparentar, pero que desde el punto de vista de conocimientos previos para afrontarla, dista mucho de la realidad científica que se ofrece. A ello contribuyen unos departamentos con áreas de conocimiento muy compartimentadas, a menudo estancas y con una formación que paradójicamente tiende a la superespecialización, cuando luego la realidad es diametralmente opuesta. El especialista en amuletos de la edad del bronce, se vé abocado en su primera salida al mundo laboral práctico a enfrentarse con una excavación de urgencia, en la que los niveles le van a facilitar un hermoso panorama desde el siglo XI a nuestros días, por poner un ejemplo en modo alguno infrecuente. ¿De quién es la responsabilidad?

Al margen de la respuesta pertinente, se asiste también, con diversos grados de evolución según los países y su tempo de llegada a la situación crítica, a una renovación y transformación de los estudios universitarios para adaptarlos a la realidad presente.

En Francia, Italia, Holanda, Suecia, Estados Unidos de América, etc., se debate sobre la necesidad de dar respuesta inmediata y en algunas universidades se apresuran a ofrecer programas completos para subvenir a estas nuevas necesidades. Igual respuesta se intenta dar en otros países comprendido España, aunque la implantación de los nuevos planes de estudio apenas ofrece resultados definitivos cuando se escriben estas líneas y los resultados son aparentemente desastrosos. La respuesta, lejos de fundamentarse en criterios científicos lógicos, que pudieran facilitar un horizonte de esperanza, se ha planteado bajo el prisma del compromiso laboral y de la acumulación de carga docente, justificada o no, con o sin preparación para ello, de determinadas asignaturas y adscripciones a áreas de conocimiento o profesorado por razones económicas coyunturales. El resultado habrá que esperarlo dentro de varios años pero auguramos poco éxito al intento reformador. Volveremos a perder una ocasión excelente para hacer algo con sentido común.

La situación se ha desatado claramente en

los países europeos, singularmente mediterráneos, con algo de retraso con respecto a los anglosajones y USA en los que los problemas son algo diferentes y en cualquier caso de más fácil control.

La formación de profesionales, deslindando claramente dicha actividad de la vertiente investigadora *per se* y de la docente, está a punto de marcar una censura clara en el panorama del gran conjunto de los dedicados a la arqueología. En este papel la Universidad, con la adaptación de planes de estudios, con la creación de nuevas titulaciones debidamente controladas y con la incorporación de los nuevos estudios de tercer ciclo y diplomas y estudios de postgrado, intenta resolver la avalancha que se le viene encima. No tanto por el número de nuevos jóvenes que se incorporan, que va decreciendo en proporción alarmante completado por un aluvión de gente desmotivada o de relleno por ser la nuestra una opción secundaria, sino por la necesidad de ofrecer una formación complementaria y un reciclado permanente y adecuado a los ya existentes, que se ven hoy en la necesidad de acudir para ello a la pléyade de ofertas existentes, muchas de escasa o nula calidad, que se han convertido en un nuevo circuito, en el que confluyen intereses que intentan hacer virtud de la necesidad.

3. INVESTIGACIÓN Y GESTIÓN ¿INCOMPATIBLES?

Se pretende argumentar en ciertos sectores, la incompatibilidad entre ambas vertientes, la que se viene en llamar, creemos que de forma inadecuada, arqueología de gestión, cuando en todo caso podría denominarse: gestión de determinadas actuaciones arqueológicas, y la arqueología de investigación, que nosotros dejaríamos en arqueología, porque no concebimos una actividad en este campo, que no vaya encaminada a la investigación como premisa primera y fundamental, siendo recogido así por convenciones y normas internacionales.

No es afortunada la tendencia a etiquetar tipos de actuaciones intentando parcelar la actividad de desarrollo de una ciencia ya que como en este caso, ésta puede sufrir daños de costosa recuperación.

El hecho de admitir tan solo, en la práctica hay numerosos ejemplos, la denominada arqueología de gestión, ha supuesto la entrada en tropel en el mundo de la arqueología, con capacidad decisoria sobre la misma, de infinidad de individuos sin los conocimientos mínimos ni la preparación científica y menos aún con la sensibilidad debida a cualquier ciencia, con todo lo que ello implica de respeto por la

misma. El gestionar la arqueología se ha convertido en tarea de políticos ayudados en su quehacer por un buen número de funcionarios de grados y tipos diversos, *sobre todo en las administraciones públicas*, autonómicas, provinciales y municipales, que han alterado profundamente y subvertido, los valores que hacen seguir adelante una ciencia como la que nos ocupa, provocando un retraso en su desarrollo, porque la filosofía de sus planteamientos, cuando existe, es con frecuencia, totalmente divergente. Otros países, mantienen esa realidad con una separación neta entre la actividad gestora del patrimonio arqueológico, a cargo de funcionarios y técnicos competentes, titulados universitarios en arqueología, con la investigación arqueológica pura, a cargo incluso de ministerio distinto como en el caso de Francia, Italia, etc. En España todavía no se ha alcanzado esa desiderata óptima, en parte debido a nuestro ordenamiento político y administrativo. Por ello estamos notando ya sus efectos negativos.

La gestión de la arqueología no debe impedir la planificación de la misma con criterios científicos y no otros, en primer lugar para cumplir con el ordenamiento jurídico correspondiente y también para obtener un óptimo fruto en su actividad coordinada con la arqueología-investigación. La investigación debe de ser la razón para gestionar la arqueología y entre las razones para llevar a cabo esa investigación, estará la de efectuar aquellos trabajos sobre los puntos y zonas, que por su especial carácter, se denominen como sea, requieran de una atención prioritaria o urgente.

Es evidente que el costo puede ser mayor, pero no es menos cierto que los resultados científicos serán excelentes y sobre todo cumpliremos con la finalidad de preservar el patrimonio y administrarlo de manera ordenada.

En este contexto no hay incompatibilidad teórica entre ambas posturas, pero no es menos evidente que este panorama no se presenta en la actualidad en ninguno de los territorios de nuestro Estado Español, descoordinado y con unas instituciones gestoras, **las denominadas administraciones competentes**, que no cumplen totalmente la legislación vigente, ¿dónde están las actuaciones del Consejo del Patrimonio? en este aspecto. Por una parte tenemos abundancia de etiquetas surgidas tras la llamada arqueología urbana, que no es otra que la arqueología en las ciudades, con problemas específicos de gestión de los solares edificables y de los cascos históricos, pero no de la arqueología en sí, que sigue siendo la misma, buena o mala según se haga. La gestión aquí incumbe a las autoridades correspondientes de urbanismo, planificadores, etc. y con ellos deberán sen-

tarse los arqueólogos para discutir como mínimo los problemas que una recuperación, adecuada en lo científico, pueden plantear. A partir de aquí el resto puede ser complementario, pero en modo alguno sustancial de nuestra actividad, so pena que por intervenir nosotros en campo ajeno nos expongamos, ya lo hemos hecho demasiadas veces, a que los demás hagan lo propio con nuestra ciencia.

La investigación, lejos de estar cerrada a la Universidad o el CSIC y organismos similares en el caso de España, en yacimientos **no urgentes**, debe de alcanzar lo que podríamos denominar un "compromiso activo con la sociedad y la administración" para intentar convertir en arqueología de investigación, toda esa otra arqueología. La razón nos llega en el momento en que vemos como los pocos centros municipales, provinciales o autonómicos que funcionan con unas mínimas garantías de medios y personal, se ven esclerotizados por el volumen de material que genera su actividad, que son incapaces de digerir, con la consiguiente modificación de la política de contratación de los técnicos encargados de hacer esa arqueología.

La solución de algunos de estos problemas con planteamientos adecuados, resolvería diversas situaciones hoy anómalas, que han dado resultados muy dispares. Los llamados Talleres Escuela, creados para resolver "grupos de problemas" y "problemas a grupos", van dejando una huella y fruto muy desequilibrados aunque el balance final sea positivo. Estos intentos u otros que se pongan en marcha deben garantizar que no se dupliquen esfuerzos y sobre todo que no se suplanten funciones en lo relativo a la formación. El terreno es francamente resbaladizo y los errores en esta línea suelen ser catastróficos.

Todo este panorama nos lleva a formularnos muchas preguntas y entre ellas: ¿Qué es y cómo debe definirse una excavación de urgencia? En la mente de todos hay muchos ejemplos y entre ellos el pretexto o argumento para consolidar una actuación ordinaria por un procedimiento que permita entrar por la puerta falsa, en zonas en las que no está prevista una actuación ordinaria. Es obvio que la urgencia se provoca y que realmente no existiría si dispusiésemos de una planificación adecuada, que por el momento es quimérica en todas y cada una de nuestras CCAA. No obstante debe actuarse para conseguir que lo que hoy es actuación de urgencia deje de serlo en el futuro y que sólo hallazgos realmente fortuitos, puedan provocar estas actuaciones urgentes. No debe olvidarse el creciente ritmo de incremento de nuestras excavaciones abiertas y el escaso eco que tienen en los presupuestos dedicados a su mantenimiento, conservación, consolidación o simplemente protección.

4. SU FUNCIÓN SOCIAL ¿QUIMERA O REALIDAD?

Es este un argumento utilizado sobradamente, creemos que con mucha ligereza y con un desenfoque claro. Por una parte se arguye que la arqueología cumple una función social, en la misión de acercar la cultura a la masa de la sociedad y que esta sociedad está reclamando de manera activa ese aporte cultural. Para cualquier analista un poco avezado y sincero será comprensible, que tales argumentos parezcan endeblés. Dudamos mucho que la arqueología sea efectivamente un campo con un atractivo cultural tan irresistible, como para que en la actualidad sea promocionada tan desproporcionadamente en comparación con otras posibilidades de oferta cultural. Dejamos aparte, como es natural, los grandes espectáculos de masas. Es cierto que hay una proliferación de actividades en este sentido y que hay una cierta respuesta, mucho menor de lo que parece e infinitamente menor de lo que se dice y publica, pero no es menos cierto que la arqueología, "vendida" o presentada de formas diversas, es a veces el primer producto cultural que se está ofreciendo a muchas localidades y comunidades, con la ventaja de que plantean una cierta posibilidad de participación. De ello a intentar montar una excavación y la consiguiente exposición y publicación divulgativa en cada localidad, como se ha venido haciendo, hay un trecho que no conviene recorrer.

Se dice que la función social se alcanza con facilidad con nuestra ciencia, por la abundancia de patrimonio de este tipo sin valorar adecuadamente en toda nuestra geografía y es cierto. Pero no lo es menos, que muchos de los que formulan estas actividades y realizaciones, tienen poco en cuenta esa función social y sí, y más, otras razones mucho menos elevadas como la consecución de ventajas laborales. Frecuentemente vemos que se llega a la realización de una publicación divulgativa por razones tales, como la incapacidad para realizar un estudio serio definitivo o la falta de interés por parte de las entidades públicas y privadas correspondientes para financiar una publicación científica, teóricamente de minorías. Con ello nos estamos engañando y estamos empleando dudosamente el dinero público en gran cantidad de casos, esos fondos que pretendemos devolverle a la sociedad con realizaciones. No se olvide que es muy fácil caer en la demagogia cultural en este terreno.

Si procuramos que la planificación alcance también a este terreno veremos que un planteamiento adecuado puede permitir llegar a todos los puntos del engranaje; desde el trabajo científico con garantías, a

la valoración justa de ese patrimonio y su presentación y difusión por cualquiera de los medios existentes, pero no intentemos sustituir ni quedarnos con lo simple. Nos equivocaremos y haremos un flaco servicio a la arqueología.

5. INSTRUMENTACIÓN POLÍTICA DE LA ARQUEOLOGÍA

A nadie se le oculta, visto lo anterior, que en la política de realizaciones culturales, bien sean urbanas o no, la arqueología juega un papel notable, unas veces porque sirve de pretexto y otras porque es una rémora a eliminar. En cualquiera de los casos se está asistiendo a una utilización política de este patrimonio, sobre todo en las ciudades, que puede llegar a ser instrumentado para esa finalidad política. Por desgracia es muy complejo en el momento presente deslindar lo político de lo no contaminado por ella y la arqueología en tanto que actor presente, en muchos de nuestros núcleos urbanos en desarrollo.

La arqueología denominada urbana surge en medio de un panorama de lucha política activa y rápidamente es incorporada a la corriente. Su utilización en tanto que objeto cultural es inmediata. La experiencia nos irá facilitando ejemplos en los que separaremos claramente utilización de instrumentación, parecen semejantes pero hay diferencias de peso.

Por fortuna la sensibilidad ciudadana, sobre todo cuando la coyuntura económica es favorable, va provocando una decantación manifiesta en los proyectos de recuperación ordenada de nuestro patrimonio arqueológico, conservado en el subsuelo de las ciudades. Obviamente aquí la necesidad de conjugar intereses varios y entre ellos, el no pequeño de que las ciudades tienen un presente y un futuro que vivir, marca el talante de los objetivos cumplidos. Es también frecuente que la opinión del arqueólogo no sea favorable a las decisiones que se tomen en otras instancias, en las que priman intereses distintos, pero también es cierto que nuestra misión es facilitar información e investigación de calidad, con unos profesionales bien formados y al mismo tiempo colaborar para que el patrimonio sea gestionado correctamente, para su conservación y traslación a las generaciones futuras. En todo ello hay un campo de actuación, que trasciende el intrínsecamente nuestro, pero en el que podemos aportar un criterio valioso, que debemos hacer valorar y respetar con actuaciones comprometidas y no con la pasividad.

En los últimos años se ha asitado a la ejecución de diversos proyectos de actuación arqueológica,

en ciudades con problemas de este género. Casos como los de: Córdoba, Tarragona, Madrid, La Coruña, Valencia, Toledo, Zaragoza, Pamplona, Cartagena, Gijón, entre otros muchos; han facilitado un cúmulo de información histórica a través de actuaciones arqueológicas, hasta el extremo de poder decir en la actualidad, que buena parte del conocimiento que se tenía sobre esas ciudades ha cambiado profundamente.

No es infrecuente ver ahora cómo cambia en ellas el plano evolutivo de su historia urbana, al mismo tiempo que menudean los proyectos para recuperar, no sólo la información sino también los vestigios arquitectónicos de ese pasado.

En ese panorama hay aciertos y tristes experiencias. Hay maniobras especulativas y proyectos de recuperación de cascos históricos, que han sido ejecutados con olvido, cuando no desprecio, de los restos arqueológicos que se han ocultado celosamente o destruido definitivamente.

Se es consciente, desde el lado de la arqueología, de que los elementos que constituyen su objeto de estudio, no son lo único importante de nuestra conciencia histórica ciudadana. Pero también somos objetivamente críticos al recordar incansablemente que existe una Ley de Patrimonio Histórico promulgada para proteger todo ello y de que, contrariamente a su espíritu y letra, se está actuando en demasiadas ocasiones con dejadez y desidia, cuando no con una complicidad culpable, al no aplicarla en todo su rigor para la protección que propugna.

Entre los ejemplos más recientes hay situaciones extremas como las destrucciones de restos declarados, conocidos y excavados, hace pocos años en la ciudad de Córdoba, que desaparecieron por actuaciones poco respetuosas llevadas a cabo por el propio municipio, en contra de dictámenes de las autoridades de Cultura de la Junta de Andalucía, en un claro ejemplo de descoordinación entre distintas instancias con competencia en defensa de Patrimonio Histórico. Algunos años más tarde se volvió a repetir la triste experiencia en la misma ciudad andaluza con motivo de la construcción de la estación del ferrocarril de alta velocidad, AVE, provocando la desaparición irremisible de buena parte de uno de los conjuntos del mundo tardorromano y medieval más importantes aparecidos en los últimos años y torpemente sacrificados en pro de un pretendido beneficio social. En este caso se produjo una clara manipulación de la ciudadanía por los responsables políticos y las fuerzas económicas interesadas.

En el polo opuesto, en Zaragoza se ha venido desarrollando una política de actuación arqueológica, en la que con inversiones costosas se ha hecho frente a una actividad muy alta, con conservación de

elementos de gran importancia para el conocimiento de la ciudad antigua, como el propio foro romano, para el que se ha realizado un espléndido proyecto de acondicionamiento arquitectónico museable en una parte, con protección gradual del resto en sótanos visitables y conservación bajo viviendas con protección de árido fino. La recuperación de la información arqueológica bajo la catedral, la Seo metropolitana, ha seguido la misma tónica lo mismo que la excavación, valoración y restauración del emblemático castillo palacio de la Aljafería. Junto a estas actuaciones positivas otras más discutidas como la eliminación de los cimientos, nada espectaculares pero importantes, de un templo romano delante del ayuntamiento, sacrificado en pro de un aparcamiento subterráneo.

No obstante estos logros, la actividad arqueológica no queda ahí y es en el nivel inmediato, el de la recuperación científica, el estudio y publicación de resultados, de análisis, restauración y presentación de sus materiales, donde todavía no estamos a la altura de las circunstancias. Tal vez porque somos incapaces de llevar la obra hasta su total culminación, por falta de voluntad presupuestaria o por carencia de tradición de sensibilidad hacia nuestra propia historia.

Con todo ello, el proyecto Caesaraugustano del foro, constituye hoy por hoy, junto con las termas de Gijón, uno de los mejores ejemplos de protección y adecuación de un conjunto arqueológico urbano con que contamos en España, aunque no sea excepcional si lo comparamos con otros países de nuestro entorno, con mayor tradición en este tipo de operaciones.

6. COLOFÓN

Podemos resumir que los tiempos en que trabajamos, nos facilitan un panorama de la arqueología en nuestras ciudades muy distinto del que teníamos hace pocos años. Hemos ganado en sensibilidad, durante unos pocos años en inversiones y en actividad, que ahora ha decaído drásticamente; ello supone un mayor conocimiento de los restos que encierran estos núcleos urbanos en expansión creciente. Hemos aprendido a convivir con la realidad de que es el avance del presente, el que hace conocer mejor el ayer, pero también que ese avance es excesivamente incisivo, agresivo y rápido como para permitirnos digerir con la necesaria calma, la información que debemos recoger y acumular para que el equilibrio entre ayer y presente sea estable. Para que no debamos sacrificar nuestra conciencia histórica en aras de un pretendido desarrollo que no siempre es progreso.

El arqueólogo se encuentra en una difícil situación, debido a que ha de tomar partido en decisiones que exceden a su estricta competencia y al mismo tiempo contemplar como otros, cuya misión debía ser diferente, toman posición y deciden sobre nuestra tarea, entrando en un campo que les es ajeno. Se percibe de forma reiterada que la política incide en decisiones y presupuestos con tanta efectividad como torpeza, dando con frecuencia muchas de cal y otras tantas de arena, cuando lo ideal sería sólo lo primero.

Hay una aparente sensibilidad e interés de los poderes públicos, por administrar racionalmente y propiciar programas de inventario y archivo de toda la documentación existente, para intentar aplicar la Ley de Patrimonio en su aspecto más primordial, la protección tras la fase de conocimiento. Esta situación ha de dar resultados, pero por desgracia no se

acomete en todos los lugares de nuestra geografía por igual y tampoco con la misma intensidad y criterio en aquellos en los que se lleva a cabo.

El balance es alentador pero inseguro. Podremos llegar a proteger y conocer después, pero la labor destructiva con pérdidas irreparables es todavía mucho más rápida que la anterior. Cuando logremos desequilibrar la balanza a nuestro favor podremos tal vez contemplar que en el platillo opuesto no queda casi nada para preservar. La arqueología en las ciudades es una batalla difícil pero no está definitivamente perdida si se actúa con firmeza, estableciendo con claridad los criterios de conservación y la jerarquía en su aplicación, para evitar dislates y sacrificios estériles. Es imposible conservar todo, pero es imprescindible conservar todo lo que deba ser justamente preservado.

BIBLIOGRAFÍA

- DÍAZ-BERRIO FERNÁNDEZ, S. (1986): *Protección del Patrimonio Cultural Urbano*. INAH. México.
- GAUTHIER, M. (1993): Le contrôle scientifique de la recherche archéologique. *Les Nouvelles de l'Archéologie*: 5-53.
- MARTÍN-BUENO, M. (1990): La defensa del Patrimonio Arqueológico en Aragón. Congreso *Estado Actual de la Arqueología en Aragón*, Zaragoza: 17-31.
- MINISTERIO DE CULTURA (1985): *Ley de Patrimonio Histórico Español*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- MINISTERIO DE CULTURA (1986): *Reglamento a la Ley de Patrimonio Histórico Español*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- SALLE, A. (1990): Dossier: Les études d'Archéologie. *Archeologia*, 257. Fontaine-lés-Dijon.
- SALLE, A. (1990): Dossier: Les Carrières de l'Archéologie. *Archeologia*, 261. Fontaine-lés-Dijon.
- VV.AA. (1962): *La protection de sites et monuments archéologiques*. Colloque International. Bruxelles.
- VV.AA. (1982): *Archéologie Urbaine*. Colloque International de Tours. Paris.
- VV.AA. (1983): *50 años de protección del Patrimonio Histórico Artístico, 1933-1983*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- VV.AA. (1984): *La Politique de l'Archéologie en Europe*. Table Ronde. CNRS. Paris.
- VV.AA. (1984): *Conservation on archaeological excavations*. ICRROM. Roma.
- VV.AA. (1986): *Arqueología urbana en Zaragoza 1984-86*. Zaragoza.
- VV.AA. (1986): *Primer Encontro Nacional de Arqueología Urbana*. Lisboa.
- VV.AA. (1986): *Preventive measures during excavation and site protection*. ICRROM, Conference Ghent. Roma.
- VV.AA. (1987): *Archéologie et Aménagement*. Colloque de Florence. Conseil de l'Europe. Strasbourg.
- VV.AA. (1987): *El Solar de la Diputación Provincial de Huesca: estudio histórico-arqueológico*. Huesca.
- VV.AA. (1988): *Restauration du Patrimoine Architectural et nouveaux circuits de financement*. Colloque de Messina. Strasbourg.
- VV.AA. (1989): *Digging in the City*. The Annual Review, 1988. Museum of London. Dept. of Urban Archaeology. London.
- VV.AA. (1989): *La Plaza de la Seo. Zaragoza. Investigaciones Histórico Arqueológicas*. Zaragoza.
- VV.AA. (1989): *Archéologie et grands travaux*. Colloque de Nice. Conseil de l'Europe. Strasbourg.
- VV.AA. (1990): *Estado actual de la Arqueología en Aragón*. Congreso sobre Zaragoza. Zaragoza.
- VV.AA. (1991): *Aplicaciones Informáticas en Arqueología: Teorías y Sistemas*. Saint-Germain-en-Laye.
- VV.AA. (1993): *Inventarios y Cartas arqueológicas. Homenaje a Blas Taracena*. Valladolid.
- VV.AA. (1994): *Arqueología & Aménageurs*. Lyon.
- VV.AA. (1994): *Hallazgos arqueológicos en el Palau de les Corts*. Valencia.
- VV.AA. (1995): *Aplicaciones Informáticas en Arqueología: Teorías y Sistemas*. Bilbao.